

CANTO DEL PROSCRITO.

Hogares, patria, ilusiones,  
Que ayer mecisteis mi cuna,  
Juguete de la fortuna,  
Hoy cruzo el mundo al azar.

Para sentir vuestro encanto,  
Para aspirar vuestro aliento,  
Vuela mi audaz pensamiento  
Sobre las ondas del mar.

Él os dirá que camino  
Solo con la pena mía,  
Sin otro norte ni guía  
Que el rigor de mi destino.

Yo le vi léjos perderse,  
De la tarde con las brumas,  
Rodar entre las espumas,  
Sobre las aguas mecerse.

Y desaparecer le vi  
Allá, en el azul del cielo,  
Para pedir un consuelo  
Al lugar donde nací.

Así mi anhelante idea  
El ancho espacio recorre,  
Hasta posarse en la torre  
De la iglesia de mi aldea;

Hasta dormirse al cariño  
De aquellos sitios, que fueron  
Donde fugaces corrieron  
Mis tiernos años de niño.

Vi, al dejarlos, el espanto  
De mi triste anciano padre,  
Y los ayes de mi madre,  
Y de mis hijos el llanto.

De una esposa el desvarío  
Vi, que en mis brazos lloraba,  
Y un corazón me entregaba,  
Que llevo aquí junto al mio.

Vi mis recuerdos chocarse,  
Entre delirios romperse,  
En vapores deshacerse,  
Y de mi mente borrarse.

Y por el mundo, contino  
Arrastro la pena mia,  
Sin otro norte ni guía  
Que el rigor de mi destino.

Cuando á la más alta peña  
Subo, del lejano monte,  
Que clava en el horizonte  
Su ruda y áspera breña;

Cuando á todas partes miro,  
Midiendo la inmensidad,  
Y el viento de libertad,  
Que da en mi frente, respiro;

Blancas y pobres cabañas  
 Van mis ojos alcanzando,  
 Que se levantan bordando  
 La falda de las montañas.

Allí en la selva escondida  
 Se agitan miles de seres,  
 Que entre sencillos placeres,  
 Felices pasan la vida.

El pesar, con su rigor,  
 Su ánimo noble levanta,  
 Pues muchas veces encanta  
 La sencillez del dolor.

Mas ¡ay! que viste á los llanos  
 De luto la sombra opaca,  
 Y es la sombra que destaca  
 El poder de los tiranos.

Ellos, en su presa fijos,  
 Del hombre cubren los ojos,  
 Para tomar por despojos  
 El pan y honor de sus hijos.

Ellos de sangre un tesoro  
 Llevan en su diestra impura,  
 Y ocultan la mancha oscura  
 Bajo su manto de oro.

Vosotros, cuya venganza  
 Ahogar pretendió mi acento,  
 Que en alas del vago viento  
 Hasta los cielos se lanza;

Los que oscureceis mi estrella,  
 Los que me robais la calma,  
 ¿Podréis robarme esta alma,  
 Y el ódio que guardo en ella?

Si de la desgracia en pos  
 Dirijo la planta mia,  
 Vuestro poder no me guía,  
 Es la voluntad de Dios.

Y mientras ciegos temblais,  
 Yo soy libre, mi voz canta,  
 Y este acento se levanta  
 Hasta el solio que manchais.

Mejor trono es esta roca,  
Y es más libre mi destierro  
Que ese raquíptico encierro,  
Donde el poder os sofoca.

¿De qué sirve vuestro anhelo,  
Si Dios al hombre ha dotado  
De un corazón perfumado  
Con los aromas del cielo?

¿Por qué vuestro pecho gime  
Con ese afán espantoso?  
¿Qué torcedor misterioso  
La régia sien os oprime?

Es que ya se desmorona  
La maldición del Eterno,  
Y os sepulta en el infierno,  
Porque os pesa en la corona.

¡Ah! si dispone la suerte  
Que vuestro delirio ciego  
Apague mi voz de fuego  
Con el hielo de la muerte,

Sonará en la inmensidad  
Ese acento que os espanta,  
Al cortar en mi garganta  
El grito de libertad.

Y la constante memoria  
De mi sangre derramada,  
En vapores condensada  
Al resplandor de la gloria,

Caerá, cual justo anatema,  
En terrible lluvia hirviente,  
Sobre esa pálida frente,  
Que escondeis con la diadema.

Y en la tempestad que brama,  
Oiréis mi tremendo grito,  
Que, en un tormento infinito,  
A vuestra conciencia llama.

Y en el sol que desaparece  
Del ocaso por la zona,  
Veréis la hermosa corona  
Que el cielo en mi losa ofrece.

Y en el nubarron que zumba  
Allá en la extension vacía,  
El sauce que Dios envía  
Para cobijar mi tumba.

Seguid, asidos al trono,  
Devorando vuestra vida,  
Pálida luz extinguida  
Al fulgor de nuestro encono;

Yo, léjos de los hogares  
Que ayer mecieron mi cuna,  
Juguete de la fortuna,  
Cruzaré el mundo al azar;

Y para sentir su encanto,  
Para respirar su aliento,  
Volará mi pensamiento  
Sobre las ondas del mar.

## VOY Á PARTIR.

Á EMILIA.

Debe ser consolador  
A un corazon, en verdad,  
Dar latidos de amistad  
Entre latidos de amor;

Que en la hermosa juventud  
Nacen en el corazon,  
El amor, de una pasion,  
La amistad, de una virtud.

Y el alma que al par encierra  
Pasion y virtud tan pura,  
Debe hacer de una criatura  
Un ángel sobre la tierra.

Yo miro en tí tanto bien :  
 Perdona que te lo diga;  
 Tú eres, Emilia, una amiga,  
 Tú eres amante también.

Y pues me llamas tu amigo,  
 Y admiro en tí tal conjunto,  
 Permite que de este asunto  
 Hable un momento contigo.

Más que el amor, la amistad  
 Dichosa y feliz se vió;  
 Porque ¿quién jamás unió  
 Amor y felicidad?

La amistad no tiene celos,  
 Que den al alma querellas;  
 ¿Los tienen, dí, las estrellas  
 Del sol que rasga los cielos?

Su dulce melancolía  
 Sólo placer atesora;  
 Nunca gime, nunca llora,  
 Y si llora, es de alegría.

Y el amor, su desvarío  
 Riega siempre con el llanto,  
 Pues lo necesita tanto  
 Como la flor el rocío.

La amistad es dulce y bella  
 Como el rayo delicado  
 De una estrella, que á su lado  
 Deja brillar otra estrella.

Y el amor es como el sol,  
 Que no permite, en sus celos,  
 Que bañe los altos velos  
 De otra luz el arrebol.

La amistad es un placer  
 Que sin pasiones reposa :  
 Por eso es rara y preciosa  
 La amistad en la mujer.

Y el amor es un dolor  
 Que al alma de luz corona :  
 Por eso el alma ambiciona  
 Sufrir dolores de amor.

¿Qué pasa en el sentimiento,  
 Cuando este dolor le inflama?  
 ¿Por qué goza, cuando ama,  
 De tan sublime tormento?

Es que ardiendo en emociones,  
 El pecho se abrasa y gime,  
 Porque el latido le oprime  
 Que lanzan dos corazones.

Es que manan sus latidos  
 Arroyos de sangre rojos,  
 Que suben luego á los ojos,  
 En lágrimas convertidos.

Es que se entrega doliente  
 La razón al devaneo,  
 Pues las sombras del deseo  
 Borran la luz de la mente.

Es que va la fantasía  
 Subiendo por una escala,  
 Toda flores, toda gala,  
 Toda ilusión y poesía.

Es que en delirante anhelo  
 Tierno el corazón se mece;  
 Es que el alma se engrandece  
 Hasta tocar con el cielo.

Es que piensa hallar allí  
 La extrema felicidad.  
 ¡Ay, Emilia! ¿no es verdad  
 Que el amor se siente así?

Voy á partir: su rigor  
 Mi pecho á tu pecho fia.  
 Escúchame, amiga mía:  
 Yo te encomiendo mi amor;

Mi amor, que Dios ha bendito;  
 Mi amor, que es constante y ciego:  
 Grande, inmenso te lo entrego;  
 Devuélmelo infinito;

Pues tú, que sabes amar,  
 Debes sin duda saber  
 En dónde lo has de poner,  
 Que yo lo pueda encontrar.

Mi voz no desoigas, no;  
Adios, en fin, cara amiga,  
Y que el cielo te bendiga,  
Como te bendigo yo.

### EL ECLIPSE DE SOL.

Vuela, gigante sol, rasga la zona  
Bajo tu planta ardiente,  
Y circunda las sienes de Occidente  
Con las flores de luz de tu corona.  
Vuela, sí; que medida  
Tengo yo de tu brillo la existencia  
En el reló infalible de mi ciencia.  
Ya se acerca el instante : oscurecida  
Tu faz brillante y bella  
Veré pronto á mis ojos presentarse,  
Y, retratado en ella,  
Me ofrecerás tú mismo  
El negro espejo del inmenso abismo,  
Que miras á tus piés amontonarse.

Vuela, gigante sol : que todavía  
 Pueda verte un momento  
 En la frente posar del firmamento  
 El rubio beso de la luz del día;  
 Que pueda devorar con ciego anhelo  
 Los torrentes de llamas  
 Con que bordas é inflamas  
 Los azules perístilos del cielo;  
 Y en tus ondas de púrpura y de plata  
 Mirar bañarse pueblos y lugares,  
 Y derramarse en rauda catarata  
 Desde la altiva cumbre,  
 Dorando montes y tiñendo mares,  
 El áureo polvo de tu hirviente lumbre.  
 Ya de tintas el aire se engalana...  
 Ya sonó la señal... ¡Qué! ¿De tinieblas  
 No te cubres, oh sol? ¿Será que al cabo  
 El hombre se engañó?... ¡Sospecha vana!  
 Porque tú, tan brillante y tan hermoso,  
 Eres al fin, como materia, esclavo  
 De eternas leyes, á que estás sujeto  
 Con impotente calma,  
 Y el hombre, victorioso,  
 Apagará tu resplandor inquieto

Con los libres alientos de su alma.  
 No vuelas, no; ya es tarde:  
 No luce ya tu refulgente disco,  
 Ni en la alta cima del breñoso risco.  
 El limpio fuego de tus rayos arde.  
 ¿Qué pincel soberano  
 De oscuridad te tiñe?  
 ¿Qué indefinible sér, qué osada mano,  
 Laurel de sombras á tu frente ciñe?

¡Espantosa vision! ¡cómo á mi mente  
 Y á mis sentidos pasma!  
 Allá, sobre los mundos, se dibuja  
 Fatídica, imponente,  
 La mole aterradora del fantasma,  
 Cual el reflejo lívido y sombrío  
 Que la mano de Dios proyecta enorme,  
 Al posarse en el sol, sobre el vacío;  
 O cual monstruo deforme,  
 Que la luz de los cielos devorando  
 Entre sus fauces lóbregas y oscuras,  
 Y abriendo en lontananza  
 Sus alas de crespon, por las alturas,  
 De negras noches coronado, avanza,

Y se aproxima, y crece,  
 Y un vértigo de fúnebres vapores  
 Sobre mi frente deja,  
 Y rápido se aleja,  
 Y vuela, y desaparece  
 Por mares y por lagos,  
 La imágen de sus formas repitiendo,  
 Y entre los aires vagos  
 Su plumaje de nubes sacudiendo.  
 Todo, por fin, ante mi faz se oculta...  
 ¡Qué instante!... El orbe yerto  
 Queda, inmóvil y muerto,  
 Y un sudario de nieblas le sepulta,  
 Cuyos pliegues clavados  
 En la alta cumbre del espacio quedan,  
 Y montones de abismos hacinados  
 Con sorda calma sobre el mundo ruedan.

¡Qué grande es el Señor! Esas alfombras  
 De corpulentas sombras,  
 Que cruzan la extension de polo á polo,  
 Son, con su masa colosal y densa,  
 Un átomo tan sólo  
 Del polvo que su planta,

Al caminar por la region inmensa,  
 De las celestes bóvedas levanta.  
 Él ve desde su trono  
 Inflamarse los ámbitos profundos  
 Al lampo de sus fúlgidos destellos,  
 Y las chispas de luz de sus cabellos,  
 Al flotar en los aires, se hacen mundos.  
 Y esos lucientes astros,  
 Que tejen á sus piés una guirnalda  
 De fuegos y alabastros;  
 Esos globos de plata y esmeralda,  
 Que en redor de su dedo misterioso  
 Se revuelven y giran,  
 Al leve soplo de su dulce aliento,  
 Su luz, su gala y su color aspiran.  
 ¡De rodillas, mortal! Oye mi acento,  
 Y ante la gloria de tu Dios eterna  
 Tu altiva sien y tu saber prosterna.  
 No temas, no, caer; los otros seres  
 No te hallarán jamas de tus poderes  
 Ni de tu imperio falto,  
 Aunque inclinar te miren el primero  
 La frente ante tan grandes maravillas;  
 Que es el hombre tan alto,

Que, aún postrado ante Dios, el orbe entero  
Es mezquino escabel de sus rodillas.

¡Qué momentos, oh sol! ¿Por qué apartada  
Con empeño terrible  
Conservas de los mundos la mirada?  
¿Será que ver no puedes impasible  
Al crimen y al encono  
Sentados ¡ay! sobre brillante trono,  
Ni agitados los mares,  
Ni rotas las entrañas de la tierra  
Al rudo golpe de implacable guerra,  
Ni los santos altares  
Del bien y del derecho destruidos,  
Ni esas flores que, en campo de dolores,  
Recogieron los pueblos oprimidos  
Con sus invictas manos,  
Marchitas en frescura y en colores  
Al aliento mortal de los tiranos?  
¡Ah, si tu faz pudiera  
Contemplar otro mundo y otros hombres,  
Al lucir otra vez sobre la esfera!  
¡Si destacarse viera,  
Sobre un manto de siglos empolvado,

Pirámides sin fin de tumbas frías,  
Selladas con los nombres  
Del poder y grandeza de otros días!  
¡Inmensos restos del error pasado,  
Despojos del destino,  
Que el ronco canto de victoria alzarán,  
Y eternos señalarán  
A los futuros pueblos el camino!  
¡Ah! yo también de mi canción el vuelo  
Alzaría con éxtasis profundo,  
Si al dorar otra vez tu luz el cielo,  
Dorara un sol de libertad al mundo.

Mas ¡qué miro! ¡De gotas argentinas  
La bóveda se esmalta!  
¿Es que, deshecha tu corona, salta  
En pedazos de estrellas fulgurantes,  
Sembrando los espacios de diamantes?  
Cual brotan los errores y las penas  
En medio de los hombres cuando oprime  
El mal á la justicia, ó cuando gime  
La voz de la verdad entre cadenas,  
Así, cuando recoges tus fulgores  
Con pálido desmayo,

Tú, sol, que no consientes  
 A otros astros brillar resplandecientes  
 Ante el fuego ardoroso de tu rayo,  
 Miras bajo tus huellas  
 Lucir hasta las tímidas estrellas,  
 Que de tus propias galas se vistieron,  
 Y en tu lumbre su lumbre recogieron.  
 Mas pronto, por fortuna,  
 Tornarás á la vida,  
 Y apagarás su claridad mentida;  
 Que una es la luz, cual la verdad es una.

Respiro al fin : ¡oh sol, bendito seas!  
 Oye el grito vibrante con que el orbe  
 Su ardiente gozo, al saludarte, muestra,  
 Y al ver que, conducido por tu diestra,  
 Radiante de belleza y de armonía,  
 Rompiendo sombras, se adelanta el día.  
 Cual guerrero gigante, de su manto  
 Los anchos pliegues por el aire tiende,  
 Y suelta en rizos, al azar desprende  
 La roja cabellera de amaranto.  
 A su solemne arribo,  
 Cubre desde el Ocaso hasta el Oriente

Su armadura de púrpura y topacio :  
 Es su espada de luz ; la blande altivo,  
 É inflámase el espacio ;  
 Por casco lleva el luminar fulgente  
 De la brillante aurora, recamado  
 Con golpes de lucentes arreboles,  
 Y en el crestón de nácar y de plata  
 Se eleva, entre vistosos tornasoles,  
 Un penacho de nubes de escarlata :  
 Ostenta por escudo al mismo cielo,  
 Y muestra, en fin, bordado  
 En su extendido velo,  
 Con rica gala y mágico decoro,  
 Sobre campo de azul, un sol de oro.

Y yo, al mirarte coronar los mundos,  
 Cantaré tu hermosura ; mas al tiempo  
 Que con mi lira trémula acompañe  
 La prez de tu victoria,  
 Haz que los cielos de mi patria bañe,  
 Sobre campo de honor, un sol de gloria.